

perador Teodosio el grande, á quien informó por adelantado, en diversas ocasiones, de las irrupciones de los bárbaros por la provincias, de la sublevacion de los tiranos, de los medios de domarlos, y de muchos otros acontecimientos de su reino. Este príncipe le hizo principalmente consultar sobre dos enemigos que tuvo que combatir. Fué el uno el tirano Máximo, ya victorioso de los dos emperadores Graciano y Valentiniano, al primero de los cuales habia matado en 383, y arrojado al otro de sus estados en 387. Juan le hizo asegurar la victoria y que la obtendria sin mucha sangre. Fiado en su palabra marchó Teodosio, aunque con tropas inferiores; deshizo á Máximo en dos combates en la Pannonia, pasó los Alpes sin obstáculo, le persiguió y sorprendió finalmente en Aquilea, donde sus soldados le cortaron la cabeza.

Cuatro años despues, habiéndose apoderado Eugenio del imperio de Occidente, por el crédito del conde Arbogasto, que habia hecho estrangular al jóven Valentiniano, Teodosio resolvió marchar contra él para vengar la muerte de este príncipe. Eugenio, que ya lo esperaba, se preparó á lo pagano por medio de las supersticiones de la idolatria y de la magia. Hizo consultar á un hombre que se gloriaba de predecir el porvenir por medio de los sortilegios. Los idólatras de Roma hacian tambien por él grandes sacrificios, sondeaban curiosamente las entrañas de las víctimas y creian hallar felices presagios. Pero Teodosio, guiado por la verdadera religion, buscó la verdad en más puras fuentes. Envió á la Tebaida al eunuco Eutropio, para procurar de determinar á San Juan á que fuese á verle ó saber de él si era voluntad de Dios que atacase al tirano ó si debia aguardar á que el tirano viniese á atacarle á él.

Eutropio ejecutó su comision como un siervo zeloso. Hizo al Santo fuertes instancias para inducirle á que se fuese junto al emperador; pero no pudiendo persuadirle á

que dejase su soledad, supo de él que el emperador obtendria la victoria; que esta seria más sangrienta que la que habia obtenido sobre Máximo; que daria muerte al tirano; que no le sobreviviria mucho; que moriria en Italia y dejaría á su hijo el imperio de Occidente. Todo esto se cumplió á la letra. Teodosio marchó contra Eugenio y al principio temió ser derrotado puesto que en la primera jornada perdió diez mil Godos; pero al dia siguiente la victoria se declaró del todo por él y pareció evidentemente que solo la debia á las oraciones del Santo, puesto que se habia visto en gran peligro de perderla. Dióse la batalla en la llanura de Aquilea, el 6 de setiembre del año 394. Teodosio no sobrevivió á ella más que hasta el 17 de enero del año siguiente, y con su muerte dejó el imperio de Oriente á Arcadio y el de Occidente á Honorio, sus hijos.

El don de profecia que San Juan habia recibido de Dios fué acompañado del de los milagros. Obrólos aun en ausencia suya, sobre todo en favor de algunas mugeres; porque jamás quiso permitir que ninguna se acercara á su celda. Habiéndose puesto ciega la de un senador, no cesaba de importunar á su marido á que la llevase al Santo. El marido, que sabia que el santo jamás habia de permitirlo no encontró otro expediente mejor, que el ir á suplicarle que orase por ella. Hizolo así y envióle a más de esto aceite que él habia bendecido, con el cual frotando sus ojos la enferma recobró la vista. Apesar de que obraba milagros sin este aceite bendito, servíase de él ordinariamente á fin de que la curacion de los enfermos se atribuyese menos á él que á la virtud de la bendicion. De este modo ocultaba por humildad la gracia que habia recibido. Tambien atribuia sus efectos á la fé de los que á él se dirigian, asegurando que no era oido por mérito alguno suyo sino solamente porque Dios queria conceder estos favores á aquellas personas.

La firme resolucion que tenia hecha de no hablar á nin-

guna muger dió lugar á una singular maravilla, y de la que hizo gran caso San Agustín (Aug. de Cura, pro. mort. c. 17.). Un maestro de campo, que conducía rebaños á Pena, á donde le siguió su muger, fué, á petición de esta, á la celda del Santo, para obtener de él que permitiese que fuese también ella allá á recibir su bendición, habiéndole hecho correr grandes peligros el gran deseo que de ello tenía. San Juan le respondió que jamás había visto mugeres desde que se había encerrado en su celda, y que lo que pedía era de todo punto imposible. No por esto se rindió el oficial sino que continuó en importunarle más, asegurándole que si le negaba esta gracia, su muger moriría de aflicción, mientras que concediéndosela, ella recibiría una maravillosa ventaja por la dicha de haberle visto.

El Santo, admirando su fé y su perseverancia, y no queriendo causarle, ni á su esposa el pesar de una entera negativa, ni faltar por otra parte á su resolución, le dijo: « Id; vuestra muger me verá sin venir aquí, y aun sin salir de su casa. » A esta respuesta se retiró el oficial, rumiando en su espíritu cuál podía ser su sentido; lo cual no dió menos materia de reflexión á su muger cuando se lo contó. Llegada la noche, cuando ella estaba dormida, se le presentó el Santo en sueños y le dirigió estas palabras: « ¡ Oh muger! tu fé es grande y me obliga á venir aquí á satisfacer á tu súplica. Yo te advierto, sin embargo, que no deseas ver el rostro material de los siervos de Dios, sino que más bien contemples con los ojos del espíritu sus vidas y sus acciones, porque *la carne no sirve de nada y el espíritu vivifica* (Joan. 6). En cuanto á mí, no es en calidad de justo y de profeta, como tu piensas, sino solamente en virtud de tu fe, el que habiendo rogado por tí, Dioste haya concedido la curación de todos los males que sufres en tu cuerpo. Tu gozarás, pues, y tu marido también, empezando desde hoy, de una perfecta salud, y toda tu casa será colmada de ben-

diciones; pero no olvideis jamás ninguno de los dos los beneficios que de él habeis recibido. Vivid siempre en su temor; no deseis nada más allá de los salarios que son debidos á vuestro cargo, y finalmente contentaos de haberme visto en sueños sin pedir más. »

Al despertar esta muger, contó á su marido lo que había visto y oído, y detallóle tan bien las facciones del rostro del Santo, el color y la forma de su hábito, y todas las otras señales por las que podía ser reconocido, que no pudo dudar que el Santo se le hubiese aparecido en sueños. Así que, lleno de admiración, volvió á la cueva de San Juan, contóle todo lo que había sucedido á su esposa, le dió acciones de gracias y, después de haber recibido su bendición, prosiguió su viaje con un perfecto contento.

Hay que hablar ahora de la visita que le hicieron Paladio y otros solitarios, y de las admirables instrucciones que de ellos recibieron. Paladio estaba en el desierto de Nitria con Evagrio su maestro, Alvino, Ammon y otros tres. Como cierto día estuviesen hablando del ruido que producía la reputación de S. Juan, Evagrio testificó que hubiese tenido un gran gozo de saber verdaderamente cuánta era la eminencia de su virtud, por medio de alguno que fuese capaz de discernir su espíritu y su manera de orar.

Sintiéndose Paladio bastante fuerte para emprender el viaje é ir por sí mismo á asegurarse de ello, puesto que entonces no tenía más que veinte y seis años, partió sin decir nada á nadie, y llegó finalmente con mucha pena á la montaña del Santo. Pues á más de que había diez y ocho jornadas de camino, que él hizo á pié, y parte por agua, como que era el tiempo de la crecida del Nilo, durante la cual eran frecuentes las enfermedades, cayó enfermo como muchos otros.

Al llegar, encontró que el vestíbulo de la celda del Santo estaba cerrado y supo que no se abría más que el sábado

y el domingo. Aguardó hasta este tiempo á que le dejasen entrar, y vió al Santo sentado en su ventana, al través de la cual hablaba á los que se le acercaban. Tan pronto como el Santo le vió, saludóle y le preguntó por intérprete de qué país era ; y qué objeto le llevaba allí, añadiendo que le parecia de la compañía de Evagrio.

Paladio satisfizo á todas estas preguntas ; pero mientras conversaban así, entró el gobernador de la provincia, llamado Alipio, y se acercó apresuradamente á San Juan. El Santo dejó entonces á Paladio, quien se retiró aparte para dejarles hablar en libertad. Como su conversacion era larga, Paladio empezó á cansarse de esperar y se levantaron en su corazon sentimientos de murmuracion, como si el Santo hiciese poco caso de él y como si en su proceder hubiese acepcion de personas ; de suerte que pensaba retirarse del todo.

El Santo conoció en este momento lo que pasaba en su alma y envióle á su intérprete, llamado Teodoro, para decirle que no se impacientase, porque pronto iba á despedir al gobernador. Esta palabra hizo entrar á Paladio dentro de sí mismo. Reconoció cuán esclarecido por el cielo estaba el Santo, puesto que habia penetrado su pensamiento y aguardó sin pena á que se retirase el gobernador.

Entonces San Juan le llamó, y le dió una dulce correccion por el juicio que habia formado y por la murmuracion interior de la que se habia dejado llevar ; despues de lo cual, para consolarle, le dijo (Math. 9). : « ¿ No sabeis lo que está escrito que no son los sanos sino los enfermos los que tienen necesidad de médico ? Yo puedo hablaros cuando quiero, como tambien vos á mi ; y aun cuando no pudiese consolaros, hay otros padres y otros hermanos que pueden hacerlo. Pero estando este gobernador entregado, bajo el poder del demonio, á los negocios temporales en que se ocupa, y habiendo venido á mí para reci-

bir algunos saludables avisos, en este poco tiempo que ha tenido para respirar, á la manera que un esclavo que huye del dominio de un amo insoportable y de mal genio ¿ qué motivo habia para que yo le dejase á fin de hablar con vos que continuamente os ocupais en lo que atañe á vuestra salvacion ? »

Paladio, despues de esto, le suplicó en seguida que orase por él ; pero el santo viejo, dándole una pequeña bofetada, como á un hijo suyo, con una alegria dulce y agradable, continuó hablándole en estos términos : « Vos no os veréis exento de penas y ya habeis sostenido grandes combates con el pensamiento de abandonar vuestra soledad ; pero el temor de ofender á Dios os ha hecho diferir la salida. El demonio os atormenta con esto y no deja de alegar razones aparentes y pretextos de piedad. Os ha representado el pesar que tiene vuestro padre de vuestra ausencia, y que vuestra vuelta induciria á vuestro hermano y á vuestra hermana á abrazar la soledad. Pero yo os anuncio una buena noticia, certificándoos que uno y otro están seguros, puesto que han renunciado al mundo, y que vuestro padre vivirá todavia siete años. Permaneced, pues, con un corazon firme y constante en la soledad, y no penseis más en volver por amor de ellos á vuestro pais, porque está escrito : *Aquel que, despues de haber puesto la mano al arado, vuelve la cabeza atrás, no es apto para el reino de Dios.* (Luc. 9.)

Estas palabras consolaron y fortalecieron mucho á Paladio ; y, habiéndole en seguida preguntado el Santo con la misma alegria si deseaba ser obispo, respondió que no, porque ya lo era, puesto que, segun la etimología griega, esta palabra significa intendente y celador. ¿ De qué ciudad, pues, sois obispo, le dijo el Santo ? Lo soy, respondió Paladio sonriendo, de la cocina, de la despensa y de la mesa, porque yo velo con cuidado sobre todas estas cosas ; he

ahí mi obispado y la intendencia que mi delicadeza me ha hecho tomar. Cesad de chancearos, le dijo el Santo sonriendo ; porque vos sereis un dia obispo, y sufrireis muchos trabajos y aflicciones. Pero si quereis evitarlos, no salgais de vuestra soledad ; puesto que mientras permaneciereis en ella, nadie podrá consagraros obispo. »

En pocos años experimentó la verdad de esta profecía : porque, al cabo de tres años, viéndose amenazado de hidropesia, consintió que le enviasen á Alejandria, desde donde, por aviso de los médicos, pasó á Palestina y luego á Bitinia, en donde fué hecho obispo de Helenópolis. Encontróse en seguida envuelto en la persecucion que sufrió San Juan Crisóstomo, y estuvo once meses oculto en un cuarto muy oscuro. Entonces se acordó que este gran profeta le habia predicho las penas que padecia.

Sin embargo el Santo, queriendo animarle á sufrir con paciencia su soledad, le dijo que hacia cuarenta años que vivia encerrado en la suya sin haber visto jamás á muger alguna, ni una pieza sola de moneda, ni siquiera ver comer á nadie.

Paladio volvióse en seguida á Nitria, en donde contó á Evagrio y á los otros cinco lo que habia visto de este hombre admirable, y les inspiró con su relacion un deseo más ardiente de ir tambien ellos á verle, lo cual hicieron dos meses despues. A su vuelta, contaron á Paladio lo que habia pasado en su visita ; pero él no lo insertó en su historia.

#### Capitulo II.

Poco más ó menos por el tiempo de la visita de Evagrio (Vit. pp. 12, c. 1), Rufino, ó como otros creen, San Petronio, que habla por la pluma de Rufino, se fué al Santo con otros seis, para edificarse junto á él. Fueron recibidos con

demostraciones de ternura y de una caridad verdaderamente cristiana. Como era costumbre entre los solitarios de Egipto hacer la oracion antes de comenzar su conferencia, suplicaron al santo viejo que tuviese á bien hacerla y darles su bendicion. Él les preguntó si entre ellos habia algun eclesiástico á lo cual respondieron todos que no.

Entonces el Santo considerándoles atentamente á los unos despues de los otros, cuando llegó al más jóven, dijo, mostrándole con el dedo : Este es diácono. Éralo en efecto ; pero no lo habia dicho sino á uno de la compañía en quien tenia mucha confianza, escondiendo por humildad su carácter por no parecer que superaba en dignidad á aquellos hombres santos á los que se reconocia muy inferior en mérito. Persistió, pues, en negarlo ; pero San Juan le tomó por la mano, se la besó y le dijo : « Guardaos, hijo mio, de desconocer la gracia que habeis recibido de Dios, por miedo de que un bien no os haga caer en un mal y la humildad en la mentira ; porque no hay que mentir jamás, no solo con mal fin, pero ni siquiera bajo pretexto de un bien ; porque la mentira no procede de Dios sino de una mala causa, como nos lo enseña el Salvador (Matth. 5). » El diácono, instruido con esta dulce amonestacion, no se obstinó ya en encubrir la verdad y confesóla con su silencio.

Despues que hubieron hecho la oracion, uno de los hermanos, que sufría mucho de tercianas, rogó al Santo que le curase. Él le respondió que pedia ser curado de una incomodidad que le era útil ; puesto que las almas son purificadas por las enfermedades, como con la sal son limpiados los cuerpos. Sin embargo no dejó de bendecir el aceite, con el que frotándose el enfermo, recobró la salud y estuvo en estado de volver á pié al lugar destinado para alojarse él y sus compañeros.

El Santo recomendó que fuesen allí tratados segun las reglas de la hospitalidad cristiana, y despues que se hubie-